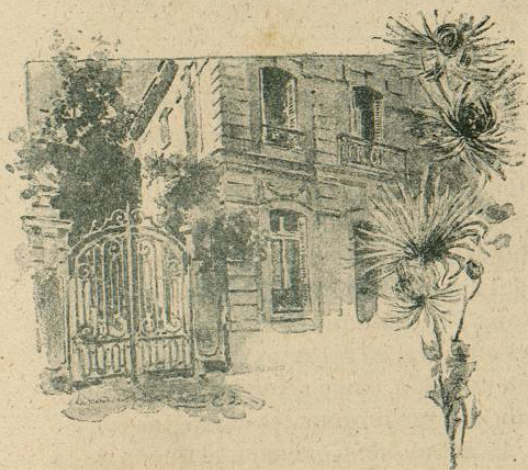
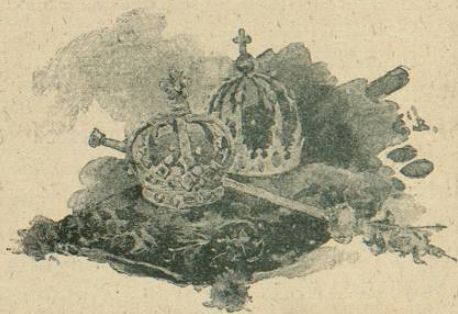


Ese libro está escrito por un realista que no odia bastante á la Convención. ¿Hay en *Los Reyes en el destierro* alguna página tan dura como ésa?



## UNA LECTURA

EN CASA DE EDMUNDO GONCOURT (1)

Edmundo de Goncourt reunió esta mañana en su casa de Auteuil á algunos amigos íntimos para leerles, antes de almorzar, su nueva novela. En el gabinete de trabajo que tiene sabor á los buenos li-

(1) Escrito en 1877 para el *Nouveau Temps*, de San Petersburgo.

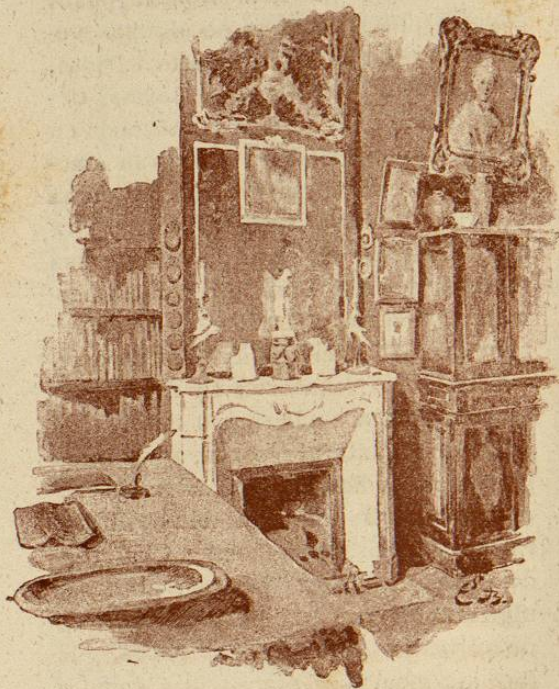
bro viejos, y que se halla como iluminado de arriba abajo por los dorados de las encuadernaciones, vi, al abrir la puerta, el bien desarrollado busto de Emilio Zola, á Ivan Tourgueneff, colosal como un dios del Norte, y el finísimo bigote negro y los despeinados cabellos del simpático editor Charpentier. Faltaba Flaubert que se ha roto una pierna el otro día; en estos momentos, clavado en un sillón, hace retemblar la Normandía con sus juramentos cartagineses.

Edmundo de Goncourt, el dueño de la casa, representa cincuenta años. Es parisiense, pero de origen lorenés; lorenés por el garbo, parisiense por la finura. Cabellos grises, gris que delataba un rubio antiguo, aspecto aristocrático y bondadoso, elevada estatura, esbelta, y una nariz elegantemente acaballada de antiguo noble aficionado á los ejercicios de la caza; y en el rostro, de expresión enérgica y siempre pálido, una sonrisa perfectamente entristecida, una mirada que de vez en cuando se anima, penetrante y aguda como buril de grabador... ¡Cuánta fuerza de voluntad en aquella mirada!

¡Cuánto dolor en aquella sonrisa! Y mientras se ríe y habla, mientras Goncourt abre los cajones de la mesa, arregla sus papeles, interrumpiéndose algunas veces para enseñarnos un folleto curioso, ó un juguete procedente de lejanas tierras; mientras cada cual se acomoda en su asiento, experimento una gran emoción al mirar la mesa de trabajo, ancha y larga, la mesa fraternal hecha para dos, donde un día sentó la muerte sus reales, y se llevó al más joven de los hermanos, y cortó de raíz y brutalmente aquella colaboración única en su especie.

El que vive, conserva un cariño extraordinario á su hermano muerto. A pesar de su natural reserva, aumentada por cierta voluntaria y altiva discreción, encuentra, cuando habla de él, matices exquisitos, casifemeniles. Compréndese que hay allí un dolor sin límites y algo más que amistad. «¡Era el preferido de mi madre!» dice algunas veces; y lo dice sin amargura, sin envidia, como si encontrase justo y natural que un hermano como el suyo fuera siempre el preferido.

Y, con efecto, jamás se ha visto semejante comunidad de existencia. En el



torbellino de las costumbres modernas, el hermano, antes de llegar á los veinte

años, se separa del hermano. Uno viaja, otro se cría; uno es artista, el otro militar; y cuando, de tarde en tarde, una casualidad cualquiera les reúne en el hogar paterno, después de años sin cuento,



uno y otro han menester un verdadero esfuerzo para no considerarse como extraños. Hasta cuando viven juntos, ¡cuántos abismos no pondrá entre esas dos inteligencias y esos dos corazones la diversidad de ambiciones y de ensue-

ños! Por más que Pedro Corneille vive en la misma casa que Tomás Corneille, el primero hace el *Cid* y *Cinna*, mientras el segundo versifica con mucho trabajo *El Conde de Essex* y *Ariana*, y su fraternidad literaria no va más allá que á pasarse algunos versos, de un piso á otro, por medio de un aparatillo colocado en el techo del piso principal.

Pero los dos Goncourt son cosa enteramente distinta: se trata de otra cosa que de versos ó de frases prestadas. Antes de que les separara la muerte, habían pensado siempre juntos, y no encontraréis un trozo de prosa de veinte renglones que no lleve la marca de los dos, y que no esté firmado con sus dos nombres, inseparablemente unidos siempre. Una pequeña fortuna de mil doscientas á mil quinientas libras de renta para los dos, les aseguraba el bienestar y la independencia. Con eso se habían formado una existencia llena de alegría literaria y de labor. De cuando en cuando, un gran viaje á la viña de Gerardo de Nerval, á través de París, á través de los libros, siempre por senderos pequeños,

porque aquellos turistas refinados tenían verdadero horror á todo lo que fuese carretera, camino trillado por todos, con su monótono piso, sus postes y mojones indicando el final de la jornada, y sus montoncitos de piedras colocadas á un lado y á otro en forma de pirámide. Así iban cogidos del brazo, hojeando los libros y la vida, anotando un detalle de las costumbres, un rincón ignorado, un folleto raro, y cogiendo toda flor nueva con alegría extraordinaria, ya naciera en las ruinas de la historia, ó entre el polvo del París de sus barrios. Luego, cuando volvían á su casita de Auteuil, como herboristas, como verdaderos naturalistas, los dos juntos, fatigados y alegres, vaciaban su doble cosecha sobre la mesa, observaciones, imágenes nuevas que olían al natural, metáforas vivas como flores, brillantes como exóticas mariposas, y no se daban punto de reposo hasta que lo dejaban todo arreglado y clasificado.

De los dos montones formaban uno solo; cada cual escribía su página, y luego se comparaban las dos para comple-

tarlas una con otra, y para fundirlas en una sola; y por un fenómeno único de asimilación en el trabajo y de paralelismo de pensamiento, se daba á veces el caso sorprendente y conmovedor de que, salvo algún detalle olvidado por uno y recogido por el otro, las dos páginas escritas separadamente, pero vividas juntas, se parecían en un todo.

¿Por qué, al lado de tantos éxitos, ese amor al arte, ese trabajo tan asiduo, esas dotes preciosas de observadores y de escritores no han valido á los hermanos Goncourt más que una recompensa tardía y como regateada? Si no se fijara uno más que en las apariencias, eso parecería incomprensible. Pero ¡qué queréis! aquellos dos hermanos elegantísimos, aristocráticos, han sido, en materia de arte, verdaderos revolucionarios; y el público francés, siempre meticuloso en algún punto, no ama la Revolución más que en política. Por la pesquisa apasionada del documento contemporáneo, por la curiosidad del autógrafo y de la estampa, los hermanos Goncourt han inaugurado así, en la historia propiamente

te dicha como en la historia del arte, un método nuevo. Si se hubieran dedicado á la especialidad—en Francia se les perdona todo á los especialistas;—si se hubieran limitado á la historia, tal vez, á despecho de su originalidad, habrían acabado por transigir con ellos; tal vez los hubiésemos visto, á esos endiablados, sentarse bajo la empolvada cúpula de la Academia, al lado de los Champagny y de los Noailles. ¿Pero es que, aplicando á la novela ese mismo escrúpulo de realidad, no pueden pasar, y puesto que los jefes de escuela están de moda, no son ellos los jefes de escuela de toda una joven generación de novelistas?

¡Historiadores que hacen novelas! Pase todavía si fuesen novelas históricas; pero ¡novelas como nunca se han visto; novelas que no son ni como las de Balzac, ni como las de Jorge Sand; novelas compuestas de cuadros—no pueden soportarlo nuestros aficionados á las estampas—con una intriga apenas indicada, y grandes blancos en los capítulos, verdaderos faros donde puede romperse la cabeza la imaginación del lector burgués! Añadid

á esto un estilo enteramente nuevo, donde campea lo imprevisto; un estilo en el cual se encuentra desterrado todo lo que huele á cliché, y el cual, por la cuidada originalidad de la frase y de la imagen, prohíbe al pensamiento toda frivolidad; y luego, osadías que desconciertan, la perpetua separación de palabras acostumbradas á caminar siempre juntas, como yunta de bueyes de carreta; la necesidad de escoger, el horror á decirlo todo!...

¡Añadid todo eso, y asombráos en seguida de que los Goncourt no se hayan impuesto inmediatamente á la admiración del público!

El aprecio de los literatos, las admiraciones que consagran amistades gloriosas, eso es lo que los señores Goncourt encontraron en seguida. El gran Michelet quiso conocer á aquellos jóvenes, y el homenaje que les rindió como historiadores, se lo rindió luego Sainte-Beuve como novelistas. Las simpatías se agrupaban poco á poco en torno suyo. Durante un año el mundo de los pintores no juró más que por *Manette Salomon*, esa

admirable colección de cuadros á la pluma. *Germinia Lacerteux* hizo todavía más ruido; produjo casi un escándalo, y el París refinado se admiró ante aquella terrible aventura, hecha para que se vieran los abismos de los barrios populares. Todo el mundo admiró aquel baile de la «Bola Negra» con su irritante orquesta y mezclados sus olores á pomada, á gas, á pipa y á vino en ensaladera.

Deleitáronse las gentes con aquellos paisajes parisienses, tan imitados luego y entonces en la flor de su novedad; los boulevares exteriores, los terreros de Montmartre, el paseo á las fortificaciones y esos gredosos terrenos de las afueras, amasados con cascotes y con conchas de ostras. El cuadro de esas costumbres especiales, tan cercanas y tan alejadas de nosotros, atrevidamente vistas, francamente pintadas, hicieron experimentar á cuantos saben leer una vivísima impresión de originalidad.

Pero éstos no eran aún la mayoría del público.

La gente de teatro buscaba algo en los libros de los Goncourt, lo cual es buena